

# La historia de Carlos Biggemann un fotógrafo profesional Boliviano con síndrome de Down



Los reflejos, las texturas, las formas del mundo se revelan desde la cámara del fotógrafo ch'ukuta.



Adora las películas de Jacky Chan, sobre todo las escenas extra del final. Se ríe las veces que las ve, como le sucede con Cantinflas y el Chavo del Ocho. Le seducen los efectos especiales en el cine; confiesa que si se le abriese la oportunidad de ir a estudiarlos en Los Ángeles (EEUU), “no lo pensaría dos veces” para aceptar de inmediato. Tiene 21 años y es fotógrafo profesional recientemente graduado del Politécnico Aoraki, de Nueva Zelanda. El jueves recibirá un premio de manos del gobernador de Wellington por los logros en su corta vida: lo de la fotografía, los idiomas

(habla español, inglés y ha aprendido alemán) y la natación que le ha llevado a competencias mundiales. ¿Hemos dicho ya que Carlos Antonio Biggemann Meriles tiene Síndrome de Down? Pues así es, pero como si importara. La seguridad con la que habla, el humor que le pone a sus respuestas y las fotos que toma convencen de que se está, en efecto, ante un chico inteligentísimo.

Inteligente y sensible, con una mirada que gracias a su cámara Canon de fotografía digital permite a los demás compartirla y maravillarse con el mundo que nos rodea y que no todos sabemos descubrir.

Carlos es el primogénito de Alicia y Sergio. Nació en La Paz, ciudad donde creció hasta sus diez años. Desde entonces, y por razones de trabajo de sus padres, ha vivido en Australia y, como sucede ahora, en Nueva Zelanda. Ése que es su hogar, en el continente de Oceanía, tiene en el “ch'ukuta”

—como le llama su mamá, cuando el hijo le dice a ella si ya contó que es “quirquincha”— a su mejor promotor. Más de 40 imágenes de los paisajes de esas tierras de los maoríes, bañadas por el océano Pacífico, forman parte de una exposición presente en la galería paceña Altamira (hasta el 27 de marzo, San Miguel. René Moreno 1026).

No estaba previsto que esas fotos se expusiesen. Pero las vio Tony Suárez, otro profesional de las imágenes, y le quedó claro que no se podía privar al público de la oportunidad de conocer aquellas tierras de variada topografía, pero además a quien las explora desde sus luces, colores y formas.

“Es un país muy lindo, verde, donde llueve mucho”, explica Carlos. “En un solo día pasan las cuatro estaciones, como en La Paz, y por eso me gusta”. Porque el muchacho habrá pasado la mitad de su vida fuera de la tierra natal, pero tiene claro que aún con nacionalidad neozelandesa, es boliviano.

Sus padres se preocupan de cumplir con una visita al año al país, “para que los chicos —también la hermana menor de Carlos, Tatiana Paola— vean al resto de la familia y no pierdan sus raíces”.

El joven cuenta que esta vez, ya con credencial de fotógrafo, asistió al Carnaval de Oruro. Se maravilló con todo, pero en particular con la Diablada Fraternidad y con el baile de los tinkus. “Me he nacionalizado orureño”, declara, y explica que su afinidad con la citada



diablada es porque se trata de una institución fundada por un grupo de orureños, entre los que se cuenta su bisabuelo Armando Meriles. De paso, en este carnaval, “conocí a Evo (Morales); lo vi en directo”, ríe. Responde que no baila, pero que si le invitaran a hacerlo, “puedo hacerlo”, no es de decir “no puedo” así nomás.

Carlos, revela su mamá, preguntó siendo muy chico qué significaba ser un niño con el Síndrome de Down. “Le dijimos que es un problema genético sobre el que no tenemos ni nosotros mismos una explicación”. Y eso bastó. Por lo demás, “él nos sorprende todo el tiempo; de hecho, éste ha pasado sin que nos diésemos cuenta por la energía que él pone en hacer las cosas, por no dejar nada de lo que se propone para mañana: es ahora”.

Alicia es una mujer de hablar suave. Está en la entrevista, pero sólo interviene cuando se le pregunta. Es Carlos quien habla, apelando en ella, eso sí, para traducir alguna palabra en inglés cuyo significado a ratos no halla en español. “Hijo”, “mamita”. Así se tratan ambos: ella, serena y atenta a las palabras del hijo; él, exultante, entusiasta. “Me enamoré de mi hijo apenas nació y como familia hemos aprendido a respetar su diferencia. Si me preguntan qué representa en mi vida, diré que es una joya, el ser que nos ha motivado; es mi compañero, quien me ayuda a resolver cosas, que me lleva a mirar aquello que de otra manera me perdería”.

El fotógrafo, con obras en sus manos —las que fueron parte de la muestra de graduación en diciembre reciente—, habla de reflejos, de sombras, de contrastes, de formas y de texturas. Y formula sus

aspiraciones: “Que mis fotos se publiquen en revistas, en calendarios; quiero fotografiar los paisajes de los distintos países; su gente, sus íconos. No me interesan las fotos de prensa, eso no”.

Carlos es de los que disfruta con el plato paceño, el silpancho, el chairó y la salteña; “pero ésta última no la puedo comer, me hace mucho daño y termino en el hospital, ¿no mami?”. “Sí, hijo”.

Leer, se ha leído todo Harry Potter. “Otras obras, lo intento, por ejemplo los libros de mi papá (un ingeniero de minas); pero soy un poco flojo para eso.

Y mientras apunta con la cámara hacia el paisaje urbano de la zona Sur, que se abre espléndida desde la ventana de un piso 17, su mamá cuenta que este hijo es de los que madruga para ir a nadar. En 2010 compitió por Nueva Zelanda en los juegos de la Organización Internacional de Natación de Síndrome de Down en Taiwán y el año pasado fue el fotógrafo oficial, como lo será éste, de las olimpiadas Especiales de la Isla del Sur, en Dunedin. Una joya. Sí.

Fuente: [Mirada de Biggemann](#)